

Emilio Mitre

El arte de disentir
Intelectuales y herejes en la Edad Media

CÁTEDRA
HISTORIA/SERIE MENOR

1.^a edición: febrero de 2026

Diseño de cubierta: Germán Úcar

Ilustración de cubierta: *Moisés* (1441-1449), miniatura atribuida a Diebold Lauber,
en el Antiguo Testamento, Inv. Nr/Signatur Cod. Pal. germ. 19, fol. 141v,
Universitätsbibliothek, Heidelberg

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Emilio Mitre Fernández, 2026
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
Depósito legal: M. 22.508-2025
I.S.B.N.: 978-84-376-4970-2
Printed in Spain

Introducción

La obra que tiene el lector en sus manos se encuentra en una línea de trabajo que inicié hace medio siglo con un pequeño libro —casi un folleto¹— publicado en una editorial mantenida por cristianos de base, entre los que figuraba un viejo compañero de la antigua Enseñanza Media: el catedrático de Filosofía Carlos Díaz. Posiblemente la juventud de entonces me hizo incurrir en una doble osadía no del todo entendible por las nuevas generaciones. Osadía por emprender un trabajo cuya publicación pudiera resultar *no recomendada* por el llamado Departamento de Ordenación Editorial del entonces Ministerio de Información y Turismo. (Fácil es captar el sentido eufemístico oculto tras estas expresiones). Y osadía por cuanto unos pocos años antes se habían publicado las actas de un extraordinario congreso internacional² a las que poco podía aportar un joven profesor español que se movía en un ambiente político, social y académico poco propicio a especulaciones intelectuales de cierta naturaleza.

Desde entonces hasta el presente, y con una sociedad española objeto de profundas transformaciones, han sido más de una veinte-

¹ E. Mitre, *Sociedad y herejía en el occidente medieval*, Madrid, 1972.

² J. Le Goff (coord.), *Hérésies et sociétés dans l'Europe pré-industrielle. 11-18 siècles*, París, 1968.

na de publicaciones, entre libros y artículos, las que han llevado mi firma, y en las que he tratado las discrepancias religiosas en las que el mundo intelectual del Medievo se vio sumido. He hecho la correspondiente relación en el apéndice a un libro en el que reuní un par de trabajos (artículos de cierta amplitud ya publicados en revistas especializadas) referentes a estas cuestiones³. De los últimos años han sido dos intervenciones⁴ que servirán de importante apoyo a algunas de las páginas del presente libro.

Como bien es sabido, la Edad Media fue una época abundante en personajes (¿intelectuales?) situados en los límites del sistema establecido. Pocos ponen ya en duda que se tenían por sinceros cristianos ansiosos por transformar —a través de las pertinentes reformas— situaciones que consideraban imperfectas. Todos ellos estaban convencidos de la frecuencia con la que las autoridades traicionaban el mensaje de la primigenia fe. La Edad Media, ¿una época herética como con frecuencia se sostiene? Bien es conocido el trágico final de muchos de sus protagonistas. Y también lo es por lo general la *damnatio memoriae* a la que se les quiso condenar. Con un rotundo fracaso, habría que añadir.

Al calor del Concilio Vaticano II (1962-1965), por tomar un importante jalón dentro de la historia del cristianismo latino, los fieles de otras confesiones cristianas, tradicionalmente demonizados desde las posiciones más abruptamente católicas, pasaron a la consideración más suave de «hermanos separados». Representativas de cara a este cambio podrían ser algunas figuras. Recordemos dos a título de ejemplo. Enorme proyección tendría la del teólogo dominico Yves Congar, impulsor del ecumenismo y de la participación de los

³ E. Mitre, *Los credos medievales y el espejo de la herejía*, colección «Temas históricos» promovida por la revista *Castellum*, Madrid, 2006.

⁴ E. Mitre, «“Nam oportet et haereses esse” (1 Cor. 11-19). Para una conflictiva designación del *otro* religioso», conferencia pronunciada en el marco del XIII Seminario pluridisciplinar organizado por el extinto Departamento de Historia Medieval de la Universidad Complutense en torno al tema *La visión del otro en la Edad Media: el enemigo, el hereje, el diferente*, 6-8 de enero de 2018. Y «Mundo intelectual y disidencia religiosa en el Occidente medieval», en el marco del I Seminario sobre Cultura y Sociedad en la Edad Media, 7 de noviembre de 2018.

laicos en la vida de la Iglesia. En los últimos años de su vida (1994) sería ascendido al cardenalato como reconocimiento a un meritorio trabajo en pro del acercamiento entre las diversas tendencias del cristianismo y por la fijación de aquellas condiciones imprescindibles para una necesaria reforma eclesial⁵. Menos conocido para el gran público es otro teólogo, Louis Bouyer, de raíz familiar protestante, ingresado en la Iglesia católica en 1939 y miembro de la Congregación del Oratorio. En los años sesenta advirtió que el error del hereje era más o menos excusable a causa de la negligencia o pereza de unas autoridades poco proclives a reconocer y restaurar aquellas verdades por un momento olvidadas⁶.

Hace casi un siglo el mayor medievalista de todos los tiempos, Henri Pirenne, sostuvo que la creación del Imperio Carolingio fue la réplica a la expansión islámica, de modo que la figura de Carlomagno sin Mahoma habría sido inexplicable⁷. Retorciendo este argumento, y trasvasándolo a la transición entre la Edad Media y la Moderna, podría decirse que, sin las figuras de Ockham, Wyclif o Hus, las de Lutero o Calvino habrían sido unimaginables. Desde hace ya muchos años, y sacudidos viejos prejuicios, estas conexiones son reconocidas desde las más diversas posiciones intelectuales⁸. Aunque pueda considerarse puramente anecdótica, significativa es la afirmación de Lutero pronunciada en 1520: «Todos somos husitas sin saberlo»⁹. En resumen: pocos ponen hoy día en duda la existencia de una cierta continuidad entre las corrientes intelectuales

⁵ Capital será el título de Y. Congar *Vraie et fausse réforme dans l'Église*, París, 1950, objeto de diversas revisiones. Con posterioridad, sobre la base del capítulo 2 se editó *La reforma en la Iglesia. Criterios históricos y teológicos*, Salamanca, 2019.

⁶ L. Bouyer, voz «Herejía», en *Diccionario de teología*, Barcelona, 1977, págs. 313-314.

⁷ H. Pirenne, *Mahomet et Charlemagne*, París, 1970, pág. 174 (original de 1935 basado en un artículo titulado también «Mahomet et Charlemagne», aparecido en la *Revue belge de philologie et d'histoire*, 1922).

⁸ A título de ejemplo, podemos remitir a un interesante trabajo del conocido autor católico de corte considerado tradicional R. García Villoslada, *Raíces históricas del luteranismo*, Madrid, 1969.

⁹ Recogida por H. Kamen, *Los caminos de la tolerancia*, Madrid, 1967, pág. 58.

críticas e incluso «rupturistas» que se dieron a lo largo del Medievo y las decisivas que se produjeron a partir del Quinientos.

* * *

Según el axioma de Benedetto Croce, toda historia es historia contemporánea¹⁰. Por estar no tanto en los documentos como en la mente del historiador, que es quien los interpreta, la historia se elabora en buena medida de acuerdo con las inquietudes y problemas que interesan a este y a los de su generación. ¿Es por ello por lo que los medievalistas aplicamos a la época objeto de nuestra especialidad términos, convenciones o inquietudes que en principio solo parecerían adecuados para los tiempos presentes?

Personajes medidos en su momento por el común rasero del hereje se han visto favorecidos en el presente por su consideración de miembros de una comunidad —los intelectuales— con aspiraciones a ejercer una cierta libertad de pensamiento. El hereje podría ser asimismo definido como disidente, expresión de tardía aparición y desarrollo pero que se ha hecho un importante hueco en los círculos del medievalismo. Y ¿qué decir del mismo término «herejía»? Aparte de su negativa acepción —«ruptura»—, se le podría asignar la nada hiriente de «escuela filosófica». O ser considerada en distintas ocasiones una pura invención de sus oponentes intelectuales.

No hay que olvidar algo básico por puramente elemental: la existencia de debates académicos entre distintas posiciones doctrinales que se dieron desde fecha muy anterior al establecimiento del cristianismo como religión oficial del Imperio Romano. Debates que pueden alcanzar fuerte arraigo social y producir dolorosos desgarros. Algunos fueron cerrados con la imposición —por medio de los siete grandes concilios ecuménicos— de lo que se considera la recta opinión u ortodoxia. Un cierre que para algunos se consideraría en falso y que, para otros, desde un punto de vista más triunfalista, supondría la aplicación práctica del discutido pasaje de san Ma-

¹⁰ B. Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, 1955, pág. 12.

teo en referencia al primado de Pedro sobre la Iglesia: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt. 16, 18).

En resumen, y tal y como pretendemos en esta obra, ¿no sería posible presentar al Medievo, a través de sus herejías, como la época de las raíces de lo que hoy en día denominamos «disidencias»? De ahí que nos atrevamos a hablar de un Medievo siempre presente en nuestras vidas.

Obligado es cerrar estas páginas iniciales con una expresión de reconocimiento a la editorial Cátedra —y muy en especial a su antiguo editor Raúl García Bravo— por la buena acogida que han dado en los últimos años a algunas publicaciones de mi autoría.

PRIMERA PARTE

*Lo intelectual y el intelectual:
perfiles aplicables al Medievo*

CAPÍTULO PRIMERO

Qué entender por intelectual

Al término «intelectual», derivación del latín *intellectus*, pueden dársele en el presente dos acepciones:

1) *Acepción adjetiva*: cubre lo relativo al pensamiento en la dimensión considerada más culta. En el sentido más clásico, sería la sustentada por grupos minoritarios defensores del buen gusto y de los grandes principios, frente a quienes optan —siguiendo criterios más consumistas— por una ampliación del marco cultural merced al uso de los medios de comunicación de masas¹.

Para una aproximación general a esa adjetivación y su alcance, podría resultar de utilidad el manejo de dos extensísimas obras del periodista y ensayista británico Peter Watson. Una, referida al pasado siglo, presentado no como el de grandes catástrofes padecidas por nuestro continente sino como un mundo de importantes avances en los campos científico y del pensamiento². La otra abarca un

¹ Véase a este respecto el difundido libro de U. Eco *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, 2013, págs. 57 y ss. (texto original de 1964, objeto de múltiples reediciones).

² P. Watson, *Historia intelectual del siglo XX*, Barcelona, 2002.

arco cronológico mucho mayor, ya que, dando protagonismo a la conformación de nuestro pensamiento, discurre entre los lejanos tiempos de la hominización y nuestros días³.

Dada la orientación de nuestro libro, consideramos más conveniente hacer otras referencias: las que conciernen a tres autores franceses de nuestra época.

Paul Ricoeur, por ejemplo, cuando nos habla de su trabajo filosófico en primera persona, dice hacerlo «en diálogo milenario con las ciencias, ya lo sean humanas, ya de la naturaleza»⁴. Nos evoca para ello acontecimientos de su vida que puedan aclararlo. Echa mano, así, del primer curso de filosofía en 1929-1930 en donde se enfrentó, con diecisiete años, a una enseñanza en la que figuraban autores de los que ya tenía un conocimiento (desde los trágicos griegos hasta los oradores latinos, pasando por Pascal, Montesquieu y los «filósofos del siglo XVIII»), aunque este lo era desde un punto de vista puramente literario. Tocaba ahora captarlos desde «las razones profundas de su concepción de las cosas», desde sus razones, desde sus conflictos⁵.

Con un afán más divulgativo y centrándose en la época medieval, resulta de interés remitirse a otros dos autores.

Philippe Wolff, cuya actividad y autoridad cubrieron buena parte del siglo XX, publicó una muy útil síntesis (primer volumen de una *Histoire de la pensée européenne*) que cubriría el pensamiento en Occidente hasta entrado el siglo XII. Quedaría marcado por tres significativas figuras: Alcuino de York, en tiempo de los carolingios; Gerberto de Aurillac, en el de los otónidas (el mítico Año Mil como importante referencia), y Pedro Abelardo, en lo que ha venido a denominarse «renacimiento del siglo XII» (cuestiones que abordaremos en páginas sucesivas). A entender del profesor Wolff, era una mirada al desarrollo del espíritu humano que, en definitiva, no sería más que uno⁶.

³ P. Watson, *Ideas. Historia intelectual de la humanidad*, Barcelona, 2006.

⁴ P. Ricoeur, *Autobiografía intelectual*, Buenos Aires, 1997, pág. 64.

⁵ *Ibid.*, pág. 14.

⁶ Ph. Wolff, *L'éveil intellectuel de l'Europe* (vol. I de *Histoire de la pensée européenne*), París, 1971, pág. 6.

Dedicada especialmente a alumnos universitarios sería la importante síntesis con afanes ensayísticos de Jacques Paul, que abarca desde el siglo iv hasta «la restauración de las letras en el Renacimiento propiamente dicho»⁷. Bajo al adjetivo «intelectual» se situarían muy vastos campos que no son solo los de las grandes obras, para las que bastaría simplemente la historia de la literatura⁸. Estaría también el mundo de la filosofía y la teología o «sacra doctrina», como se la suele denominar⁹. O el de los autores espirituales y místicos. O el de los grandes problemas religiosos que derivan en numerosas ocasiones en desgarros a los que comúnmente se definió como herejías y a los que hoy en día se opta por atribuirseles también otras dimensiones¹⁰.

2) *Acepción sustantiva*: unos orígenes y un primer desarrollo. Estamos hablando de un término de relativamente cercana aparición y consagración. Pero cabría preguntarse también hasta qué punto resulta aplicable al mundo medieval sin incurrir en flagrante anacronismo.

De intelectual se tilda a una persona y, por derivación, a todo un colectivo de fronteras un tanto difusas. En su origen se situaría el vocablo alemán *intelligenz*, de mediados del xix, o el término ruso *inteligentzia*, referido a una subcultura (estudiantes, escritores, profesionales liberales, etc.) opuesta al *establishment* inmovilista de burócratas, militares y jueces, soportes de la autocracia zarista. Una inteligencia que se desenvolvería entre dos extremos difícilmente conciliables: el de quienes invocaban desde el eslavismo las raíces de la Rusia histórica como tabla de salvación frente a tiempos turbulentos y el de quienes, por el contrario, aspiraban a una modernización del país a través de su occidentalización¹¹.

Algunos autores como Léon Bloy, en su obra *Le désespéré*, publicada en 1886, utilizan la expresión «grupo intelectual». Otros ensa-

⁷ J. Paul, *Historia intelectual del Occidente medieval*, Madrid, 2002, pág. 587.

⁸ *Ibid.*, pág. 42.

⁹ *Ibid.*, pág. 234.

¹⁰ *Ibid.*, págs. 366 y ss.

¹¹ Cuestión tratada ampliamente en sus orígenes y derivaciones en O. Figes, *El baile de Natacha. Una historia cultural rusa*, Barcelona, 2010.

yistas harán uso del neologismo en relación con las vanguardias políticas y literarias. La edición del *Oxford English Dictionary* de 1888 utilizará también la expresión «intelectual» en su dimensión sustantiva¹².

Suele considerarse, sin embargo, que la figura del intelectual en el sentido más consagrado se dará a partir de la carta que Émile Zola dirige al presidente de la República francesa y que apareció en el diario *L'Aurore* («J'accuse...!») el 13 de enero de 1898¹³.

En su escrito, el famoso novelista francés clamaba a causa de la injusticia cometida en 1894 contra el capitán Alfred Dreyfus, acusado de espionaje a favor de Alemania y condenado a una larga prisión en la penitenciaría de la Isla del Diablo en la Guayana francesa. En términos enérgicos, Zola denunciaba las irregularidades cometidas en el proceso tras advertir que no conocía personalmente a los jueces que prevaricaron y que no sentía personalmente odio alguno hacia ellos. Con todo, se sentía en la necesidad de proclamar:

El acto que ahora ejecuto no es más que un medio revolucionario para acelerar la explosión de la verdad y de la justicia. Solo anhelo una cosa, y es que se haga la luz en nombre de la humani-

¹² Y el *Diccionario* de Roque Barcia admitirá la voz «intelectualidad» ya en 1879. A. Muñoz Alonso, «La influencia de los intelectuales en el 98 francés: el asunto Dreyfus», *Papeles de la Fundación*, núm. 46, Madrid, 1999, pág. 30.

¹³ Y —valga el inciso— una fecha, por otros motivos y raíces —la pérdida de los últimos jirones de un viejo imperio ultramarino y los evidentes signos de desgaste del régimen de la Restauración canovista— de enormes resonancias en el panorama cultural español. Sobre el tema existe abundante literatura, dentro de la cual sigue siendo un clásico P. Laín Entralgo, *La generación del 98* (primera edición, Madrid, 1947). El convencionalismo del término «Noventa y Ocho» es tanto mayor por cuanto agrupa a autores de muy distintos credo y procedencia geográfica (con la especial atracción castellanista, se ha insistido) y de muy diversas evoluciones ideológicas con el discurrir de los años. Dos dramáticos y extremos ejemplos pueden servir de pauta, ambos en el marco de la Guerra Civil de 1936-1939: Ramiro de Maeztu, muerto en el verano de 1936 por presuntos agentes del gobierno del Frente Popular, y Antonio Machado, empujado al exilio en Francia por el avance en Cataluña de las fuerzas del general Franco y muerto en Colliure en 1939.

dad que tanto ha sufrido y que tiene derecho a la felicidad. Mi ardiente protesta no es sino un grito que me surge del alma¹⁴.

Que el acusado fuera judío y miembro de un cuerpo de élite —el Estado Mayor— contribuyó a enconar la disputa entre *dreyfusards* y *antidreyfusards* que, por unos momentos, pareció poner en peligro la propia seguridad del Estado francés. La revisión del proceso y la rehabilitación del oficial se considerarían un éxito de los defensores de la República frente a la arremetida de la reacción¹⁵.

Al calor de esta controversia, se dio un importante paso para perfilar la figura del «intelectual comprometido», cuya misión sería la de mover conciencias, erigiéndose en defensor de valores universales¹⁶. En términos orteguianos, los intelectuales constituirían una élite «destinada a dar una dirección a las informes aspiraciones populares»¹⁷. Los intelectuales habían de caracterizarse por intervenir en «asuntos públicos sensibles, invocando la especial autoridad de su prestigio académico»¹⁸. Lo que los llevaría en más de una ocasión a ir contra corriente de los sistemas de valores establecidos y a formar parte, en consecuencia, del mundo de los definidos como disidentes. Cuestión que, aplicada al mundo actual y, retrospectivamente, al del pasado medieval, abordaremos más adelante.

¹⁴ É. Zola, *Yo acuso. La verdad en marcha*, Barcelona, 2004, págs. 97-98 (se recoge en este pequeño libro el dossier completo del caso y la polémica despertada en la sociedad francesa).

¹⁵ Un triunfo, en último término, de la ola revolucionaria iniciada en 1789. La simbiosis —fundada en la «regeneración moral y psíquica» de los judíos de Francia que entraban dentro de *la nación*— no se reprodujo en otros países como Alemania, en donde algunas instituciones importantes como el ejército y la universidad llegarían a ser bastiones del movimiento antisemita. E. Traverso, *Los judíos y Alemania. Ensayos sobre la simbiosis judío-alemana*, Valencia, 2005, pág. 57.

¹⁶ Útiles visiones sobre el papel del intelectual en la Europa occidental en C. Charle, *Los intelectuales del siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid, 2000. O. M. Winock, *El siglo de los intelectuales*, Barcelona, 2010.

¹⁷ Recogido por J. Varela, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, 1999, pág. 210.

¹⁸ T. Judt, *El refugio de la memoria*, Madrid, 2010, pág. 125.

MÁS ALLÁ DE LA CONVENCIONAL SOLEMNIZACIÓN
DE UNA FIGURA: ALGUNOS EJEMPLOS PARA EL MUNDO HISPÁNICO
MÁS ALLÁ DEL NOVENTAYOCHISMO

Junto a una visión un tanto apreciativa de lo que era y significaba el intelectual, se abriría paso otra situada en posición cuando menos escéptica: la que hablaba de la *traición* del intelectual; el *clerc*, en expresión de J. Benda en una obra de significativo título¹⁹.

Esta apareció un año antes que el conocido ensayo de José Ortega y Gasset repetidamente reeditado y que tanto impacto habrá de tener en la vida cultural y en la sociedad españolas en general. Más que de traición del intelectual a unos ideales, Ortega nos habla de escepticismo hacia el papel de guía que puedan desempeñar las élites culturales, un sentimiento que manifestaba en repetidas ocasiones. Un pasaje puede resultar particularmente llamativo:

La muchedumbre de pronto se ha hecho visible, se ha instalado en los lugares preferentes de la sociedad. Antes, si existía, pasaba inadvertida y ocupaba el fondo del escenario social; ahora se ha adelantado a las baterías, es ella el personaje principal. Ya no hay protagonistas: solo hay coro²⁰.

Otras consideraciones, como la de situar al mismo nivel («pseudoalboradas») los movimientos bolchevique y fascista, mucho darán que pensar²¹. La influencia del personaje que pudiera definirse como intelectual quedaba así considerablemente desvaída.

Otro de nuestros grandes autores, el extraordinario historiador y pertinaz polemista Claudio Sánchez-Albornoz, trazaría una imagen del intelectual —tomando la figura de Manuel Azaña— no tanto como traidor a una noble causa sino más bien como presa de contradicciones: «gusto por las bellas obras de la pluma o del pincel

¹⁹ J. Benda, *La trahison des clercs*, París, 1927.

²⁰ J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, 15.ª ed., Madrid, 1961, pág. 37.

²¹ *Ibid.*, pág. 88.

y flaqueza de la voluntad por la vacilación que la meditación espiritual acarrea»²².

Y, moviéndonos en el mismo ámbito territorial, ¿qué decir del intelectual español más destacado —o más polémico, si se prefiere— de la época que le tocó vivir: el notabilísimo pensador y ensayista Miguel de Unamuno (Bilbao, 1864-Salamanca, 1936)? Será mucho más que esa figura señera «especie de protagonista máximo del 98»²³. Personaje insobornable y contradictorio, experimentó, al hilo de su permanente heterodoxia y de su espíritu dubitativo —¿un cristiano *malgré lui* en permanente *agonía*?²⁴—, una progresiva evolución en su forma de pensar y de actuar. Un modo de ser y de existir que especialmente le torturará en los últimos días de su vida, trágicos tanto para él como para el devenir de su patria, enzarzada en un cruel enfrentamiento civil. Un tiempo, en definitiva, de «epidemia histórica» que hacía harto problemático *convencer* al otro con los debidos razonamientos frente al simple *vencer* de la fuerza bruta²⁵.

DESDE Y TRAS DOS GUERRAS GENERALES:

OTROS DESAFÍOS Y OTRAS FORMAS DE SER INTELECTUAL

La *traición* del intelectual a unos principios superiores —más allá de la simple dejación de una misión— se daría al caer en la sinrazón y claudicar de esa vocación crítica que se daba por supuesto que le correspondía. Como hemos adelantado, algunos síntomas en

²² C. Sánchez-Albornoz, *Mi testamento histórico-político*, Barcelona, 1975, pág. 55.

²³ J. L. Abellán y L. Martínez Gómez, *El pensamiento español, de Séneca a Zubiri*, Madrid, 1977, pág. 362 (observación que corresponde a la parte del libro redactada por el primero de los autores).

²⁴ El cristianismo desde san Pablo «no fue doctrina, aunque se expresara dialécticamente; fue vida, fue lucha, fue agonía», en M. de Unamuno, *La agonía del cristianismo*, Buenos Aires, 1966, pág. 30 (la edición original data de Salamanca, 1930, y se basa en el escrito realizado en París en 1924).

²⁵ Cfr. los apuntes recogidos en los momentos postreros de su vida, M. de Unamuno, *El resentimiento trágico de la vida*, unas reflexiones editadas por C. y J.-C. Rabate, Valencia, 2019. Suponen un complemento a la biografía que estos dos autores han publicado sobre el pensador español.

este sentido se produjeron ya en fecha próxima al «J'accuse...!» en la propia Francia. Fueron las tempranas corrientes de opinión conservadora, que ponían en tela de juicio la inocencia del oficial. Y, sobre todo, será el avance de la muy potente Action Française, con la relevante figura de Charles Maurras y su «nacionalismo integral», síntesis de nacionalismo y tradicionalismo²⁶. A ello se unirían una extendida ansia de revancha por la humillación sufrida en 1870 tras la guerra franco-prusiana (¡la entrega de Alsacia y Lorena al Reich germano!)²⁷ y una serie de escándalos financieros que dificultaron notablemente los primeros pasos de la Tercera República: el *affaire* del canal de Panamá o las cesiones en política colonial. Notable en este último caso sería la claudicación francesa en 1898 en el llamado «incidente de Fachoda», en Sudán (¡otro 98, y no español!), al ceder el gobierno de París ante el de Londres en cuanto a política expansiva en el curso del Nilo²⁸.

Para el conjunto de Europa, la extensión de ese supuesto espíritu de compromiso del intelectual —defensa de la justicia, la libertad y la razón— se vería asimismo seriamente comprometida por sentimientos fuertemente nacionalistas que prendieron en medios académicos de distintos países puestos en pie de guerra en el verano-otoño de 1914. Significativa sería la manifestación institucional que tuvo lugar en Centroeuropa (con las honrosas excepciones de Karl Kraus

²⁶ Sobre este personaje, su obra y su influencia en la sociedad francesa, véase J. Giocanti, *Maurras. El caos y el orden*, Barcelona, 2010.

²⁷ Una grave amputación del territorio nacional difícilmente tolerada por la opinión pública francesa. Algunos políticos españoles la comparaban con el drama que estaba suponiendo la posible pérdida inmediata de las últimas posesiones ultramarinas. En 1897, en vísperas del «desastre» por antonomasia, Cánovas afirmaba que «Cuba es la Alsacia-Lorena de España, el honor de España está en juego». Recogido por A. Muñoz Alonso, «La influencia de los intelectuales en el 98 francés: El asunto Dreyfus», art. cit., pág. 11.

²⁸ Con tintes menos dramáticos sobre el incidente (al fin y al cabo, es una descripción desde el lado ganador en una disputa en la que no llegó a correr la sangre) se pronunciará W. Churchill en su *La guerra del Nilo. La reconquista del Sudán*, Madrid, 2003, págs. 219-229. El entonces corresponsal de guerra y con el tiempo primer ministro del Reino Unido habla incluso de «un gran entendimiento, casi cordialidad», un «educado antagonismo», entre los soldados franceses del capitán Marchand y los del *sirdar* británico general Kitchener.

o Walter Benjamin) suscrita por profesores universitarios el 16 de agosto de 1914: se consideraba que la libertad de Alemania y la defensa de la paz y de la civilización estaban supeditadas a la victoria de los ejércitos del káiser²⁹. Extremo resulta el caso del que años más tarde sería premio Nobel de Literatura Thomas Mann, quien escribiría: «¡Guerra! Fue purificación, fue liberación lo que sentimos y una inmensa esperanza. De ello hablaron los poetas, solo de ello»³⁰.

* * *

Las dos grandes guerras mundiales subvirtieron el mapa político internacional y sacudieron (y demolieron) la confianza en los fundamentos de la considerada sociedad civilizada; aquella identificada con el acervo político, social, cultural y tecnológico acumulado en Europa y en su prolongación al otro lado del Atlántico. Un optimismo frente al que cabrían serias dudas, según han manifestado autores de brillantes obras muy poco complacientes a la hora de juzgar la situación previa al estallido de 1914³¹. Las conmocio-

²⁹ A. Kovacsics, *Guerra y lenguaje*, Barcelona, 2007, págs. 67 y ss. Otras excepciones las protagonizarían, por ejemplo, el teórico del socialismo francés J. Jaurès, opuesto a la guerra, y asesinado en los inicios del conflicto, o Lenin, radicalmente en contra desde su exilio suizo a que las secciones nacionales de la Internacional Socialista dieran su aval proguerra a los diferentes gobiernos enfrentados. M. Ferro, *La gran guerra*, Madrid, 1970, págs. 76-81.

³⁰ A. Kovacsics, *Guerra y lenguaje*, *op. cit.*, pág. 117.

³¹ Citemos tres ejemplos que nos resultan particularmente atractivos. B. Tuchmann, *Los cañones de agosto. Treinta y un días de 1914 que cambiaron el mundo*, Barcelona, 2004, en donde la muerte del rey inglés Eduardo VII sirve de prólogo a lo que serán unas asfixiantes tiranteces entre las potencias europeas que derivarán en el magnicidio de Sarajevo como prólogo al enfrentamiento generalizado que conocemos como Gran Guerra o como Primera Guerra Mundial (o como Primera Guerra Imperialista en la jerga del comunismo más ortodoxo). Ch. Clark, *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Barcelona, 2014, en donde se analizan en detalle las insensateces de los políticos europeos que condujeron al desastre. Y Ph. Blom, *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente 1900-1914*, Barcelona, 2010, brillante ensayo en el que se da cuenta de la situación política, el desarrollo económico, los cambios tecnológicos y las auténticas neurosis que hicieron presa de una sociedad empujada a una guerra suicida.

nes revolucionarias que pocos años después sacudieron buena parte del Viejo Mundo y cuyo primer gran éxito se daría con la caída del carcomido imperio zarista³² impusieron una seria revisión de la figura del intelectual, para la que se exploraron nuevas dimensiones críticas.

En los años siguientes a la hecatombe de la Gran Guerra, el impulsor del partido comunista en Italia Antonio Gramsci popularizaría una variante de intelectual («orgánico» en este caso) sustentador y justificador de determinados intereses sociales y no su cuestionador. Un papel que desempeñarían destacados autores como Benedetto Croce, quienes, lejos de denunciar las injusticias sociales, se convertirían en justificadores de las grandes corporaciones industriales: las de los Agnelli o los Beni. Papel «orgánico» similar al que ejerció el clero en la Edad Media en relación con la aristocracia de la tierra a la que jurídicamente era equiparado³³.

La pluralidad de situaciones —mundo rural, mundo urbano— crea ciertos matices en la caracterización del intelectual.

Los intelectuales de tipo urbano se encuentran enlazados a la industria y unidos a su suerte. Su tarea puede compararse con la de los oficiales subalternos del ejército. Carecen de iniciativa autónoma y, por lo general, están en situación muy uniforme: el resto se confunde cada vez más con el Estado Mayor industrial.

Los intelectuales tipo rural son en su mayoría «tradicionales», ligados a la población campesina y a la pequeña burguesía de las ciudades (particularmente de las pequeñas). En la campiña, el intelectual —ya sea sacerdote, abogado, maestro, notario o médico— goza de un nivel de vida diferente, en cuanto superior, al del aldeano

³² Sobre el proceso abierto en 1917 es muy recomendado entre otros trabajos el de O. Figes, *La revolución rusa. 1891-1924. La tragedia de un pueblo*, Barcelona, 2010.

³³ A. Gramsci, *La formación de los intelectuales*, México, 1968, págs. 23-27. En una línea similar se manifestará desde una rígida óptica marxista P. Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, 1980, pág. 114, para quien clero y nobleza son dos superestructuras minoritarias —ideológica y política, que es tanto como decir sacerdotes y guerreros— que se imponen a una masa de *laboratores* que alimenta a toda la sociedad. Sobre esa tripartición funcional es bien conocida la obra maestra de G. Duby *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, París, 1978.

medio, razón por la cual representa el modelo social en la aspiración aldeana a salir de su condición, mejorándola³⁴.

Por los mismos años, la entonces joven pensadora española y en principio discípula de Ortega y Gasset María Zambrano (1904-1996) daría también su personal visión del intelectual. Alejándose de su identificación con los viejos clichés elitistas, lo definiría ante todo por su compromiso con las causas más avanzadas de la sociedad³⁵. De ahí su ardiente defensa de los revolucionarios de Asturias de 1934 y, sobre todo, de la resistencia popular surgida en 1936 frente al golpe de Estado iniciado en las guarniciones del protectorado marroquí. El intelectual verdadero, según nuestra autora, no es el inserto en un medio burgués alejado de la realidad, sino aquel que renuncia a la «alevosa e hipócrita libertad burguesa para servir a la auténtica libertad humana»³⁶. Algo que, de forma militante, se expresaría en publicaciones como *El Mono Azul* y *Hora de España* y en organizaciones como la Alianza de Intelectuales Antifascistas³⁷.

* * *

El desarrollo de los movimientos totalitarios de diverso signo en los años veinte y treinta —comunismo-bolchevismo, nazismo-fascismo— y la tremenda hecatombe que supuso la Segunda Guerra Mundial —batallas gigantescas, arrasamiento de ciudades, decenas de millones de muertos, particularmente entre la población civil, persecución a muerte de minorías raciales o religiosas, con especial incidencia en el mundo judío, desplazamiento masivo de poblaciones, crecimiento desbocado de la delincuencia común³⁸— agitaron numerosas conciencias.

³⁴ A. Gramsci, *La formación de los intelectuales*, op. cit., págs. 32-33.

³⁵ Véase la recapitulación de trabajos de M. Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil* (presentación de Jesús Moreno Sanz), Madrid, 1998.

³⁶ M. Zambrano, «La libertad del intelectual», *ibid.*, págs. 131-132.

³⁷ M. Zambrano, «El intelectual en la guerra de España», *ibid.*, págs. 110 y ss.

³⁸ De entre la multitud de publicaciones en torno a la inmediata posguerra podemos destacar el ensayo de K. Lowe *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, 2012.